

BOLEA

La villa de Bolea se encuentra emplazada a 20 km al noroeste de la capital oscense, enmarcada en las sierras de Caballera y Gratal y pertenece al municipio de la Sotonera. Para llegar a ella desde la capital, debe tomarse la carretera A-132 dirección Pamplona durante 14 km hasta un desvío a la derecha que conduce a la carretera A-1206 y que señala Bolea-Loarre-Aniés. A 6 km de dicho desvío se encuentra la localidad de Bolea.

Diferentes fuentes históricas hablan de un rico pasado histórico como muestra su topónimo de origen ibero (sitio elevado). Fue posesión romana denominada entonces *Calagurris Fibularia* y enclave destacado en el período de dominio musulmán, siendo su actual torre campanario antiguamente torre defensiva musulmana. Este enclave vivió diversos fracasos antes de llegar a ser conquistado, primero con Ramiro I en 1058 y posteriormente con su hijo Sancho Ramírez que, tras conquistarla momentáneamente, la perdió de nuevo en favor de los musulmanes.

Mientras Huesca y gran parte de las tierras del Ebro habían sido ya reconquistadas a estos últimos, la fortaleza de Bolea resistía a los cristianos. Tras varios intentos fallidos, sería finalmente Pedro I de Aragón quien conquistara en 1101 el último enclave musulmán, denominado *Buluya*, incorporándolo así al reino cristiano de Aragón. Una vez llevada a cabo la reconquista, más concretamente en el año 1097, Pedro I de Aragón entregó como dote a su segunda esposa, Berta, el territorio que en el futuro sería conocido como "reino de los Mallos", extensión que abarcaba las localidades y castillos del Prepirineo oscense, entre las que podemos citar las actuales poblaciones de Agüero, Murillo de Gállego, Riglos, Marcuello, Loarre, Ayerbe y la villa de Bolea. A la muerte, en 1104, del rey Pedro I sin descendencia, el nuevo monarca Alfonso I decidió conservar y renovar mediante escrito todos los derechos del reino de los Mallos hasta la muerte de doña Berta, en torno al 1111.

Años después, con el desposorio de Alfonso II con doña Sancha, en 1174, éste le cede la villa como dote de boda. El rey Pedro II de Aragón incorporó a la Corona la villa de Bolea en 1198, comprometiéndose con sus habitantes a no enajenarla nunca, compromiso que el rey Jaime I no cumplió tras vender en 1262 a don González López los castillos y villas de Monclús, Bolea, Buil y Murillo.

Décadas después, en 1295, Jaime II de Aragón entregó Bolea a don Rodrigo Jiménez de Luna, comendador de Montalbán. En 1418 Alfonso V donó la villa a su hermano y futuro rey Juan II prometiendo que no la enajenaría de la Corona y años después, concretamente en 1486, Fernando II ratificará el estatus de Bolea como villa real. Durante el reinado de Carlos III, ya en 1767, el clero capitular será exhortado para atender espiritualmente a los numerosos viajeros que pernoctaban en Bolea, importante núcleo en la ruta principal desde Huesca a Jaca, Navarra y Francia (camino catalán hacia Compostela). El inicio de la Guerra de la Independencia también trajo consecuencias para el municipio de Bolea destacando así los saqueos, ajusticiamientos de vecinos, etc. De las Guerras Carlistas y de la Guerra Civil apenas queda constancia documental.

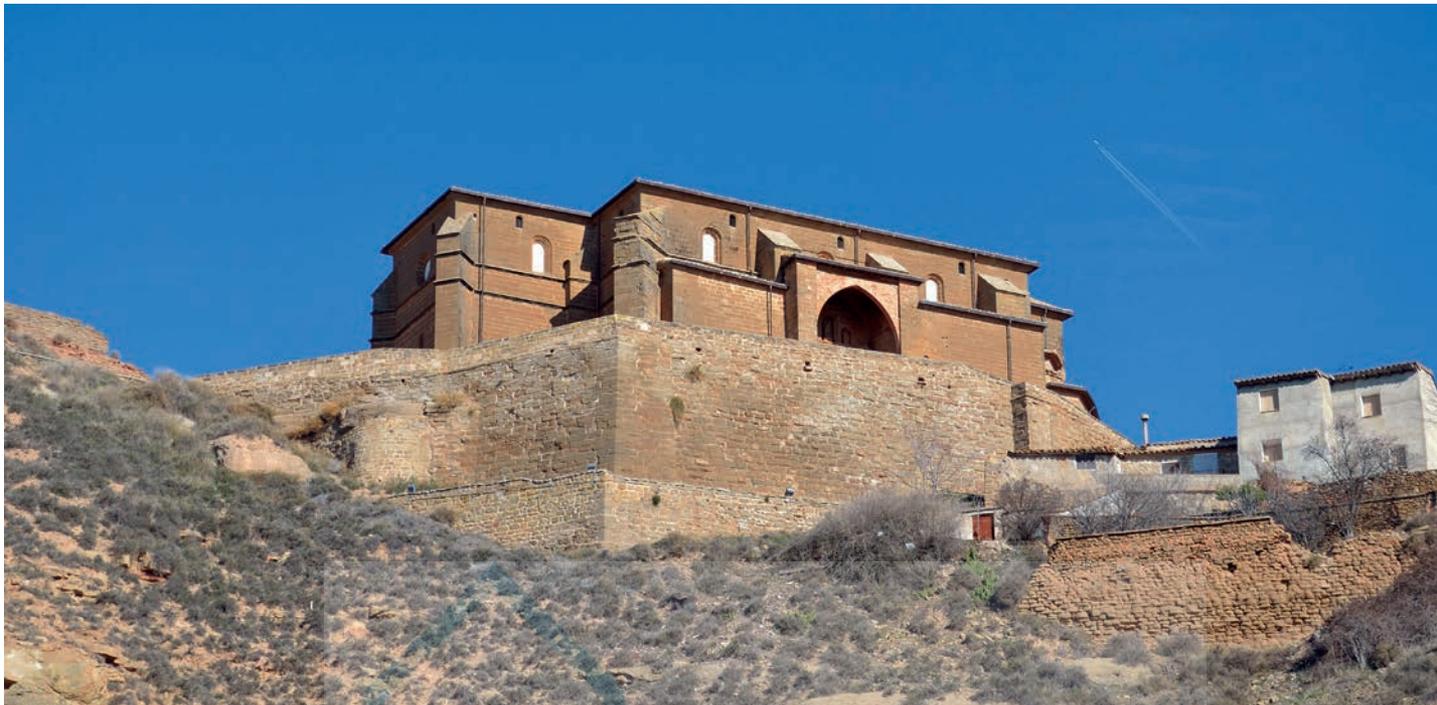
Colegiata de Santa María la Mayor

DECLARADA MONUMENTO HISTÓRICO-ARTÍSTICO de Carácter Nacional en 1983, la Colegiata de Bolea se erige sobre el enclave urbano de la capital de la Sotonera, en lo alto de la villa, gozando así de un emplazamiento privilegiado.

Fue construida entre 1541 y 1559 por el arquitecto guipuzcoano Pedro de Irazábal que tomó como ejemplos constructivos La Seo de Zaragoza y la catedral de Barbastro.

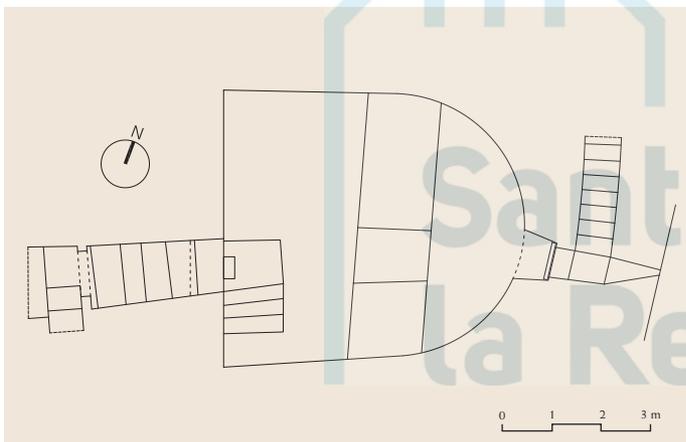
Levantada sobre el antiguo templo románico del siglo XII, actualmente solo conserva la cripta y la torre campanario de su fábrica original. El edificio se completa con la portada de ingreso, manierista, labrada en 1611, obra del escultor Juan Miguel de Orliens y de su oficial cantero Juan de Escorz.

Aunque el parecer actual de la colegiata apenas deja constancia de su pasado medieval, la morfología románica todavía es apreciable en algunos elementos como la torre y



Vista general

Planta



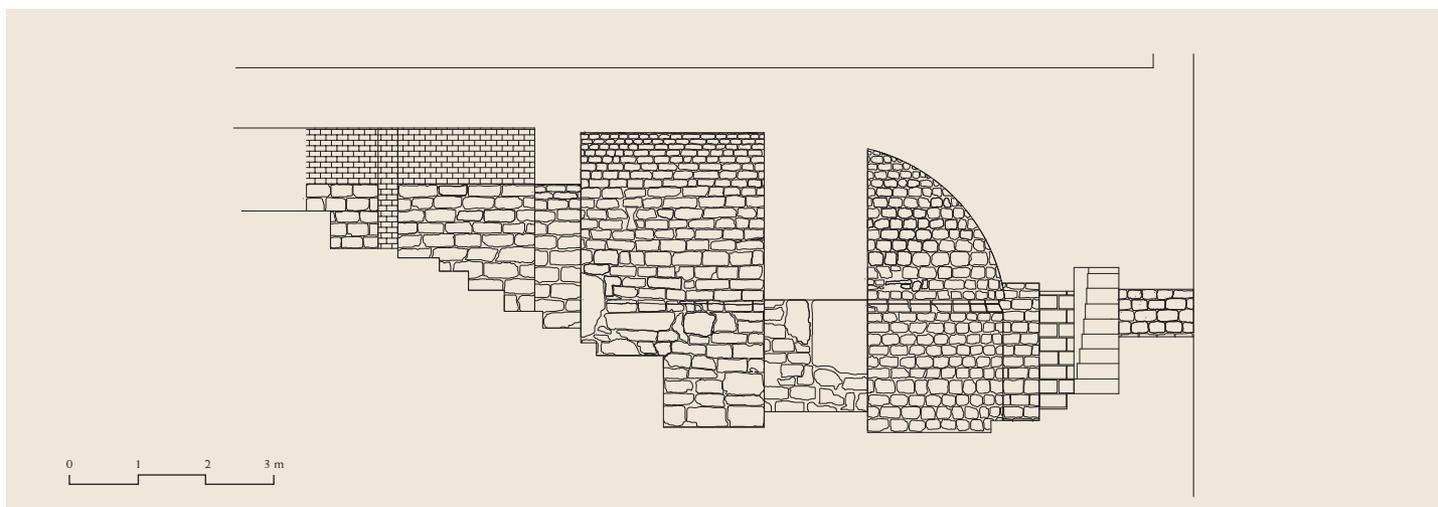
cripta medievales, sin duda la zona más arcaica de la fábrica original. Fue en el año 1973, siendo párroco de Bolea don Antonio Naval Mas, cuando se llevaron a cabo las labores de desescombro de la cripta románica.

Los restos arqueológicos conservados son insuficientes para hacer afirmaciones concluyentes sobre el origen y tipología de la misma. Se piensa que formó parte de una primitiva construcción religiosa medieval, quizá la yuxtapuesta a la torre-castillo, que nunca se terminó por motivos desconocidos y que fue el motivo de la construcción de un templo posterior. La cripta fue modificada o rehecha en su concepción inicial, pues el muro occidental en el interior, el que tiene el arco de acceso, no está trabado con la bóveda sino que queda simplemente encofrado. Por razones difíciles de determinar

se decidió construir otra iglesia, momento en el cual el muro de la cabecera todavía conservado se apoyó sobre esta cripta, algo atípico por el riesgo que suponía. Esto, unido a la debilidad del terreno aconsejó retrotraerla a la línea en que quedaban los muros de la torre, solución que provocó el derrumbamiento de la bóveda de la cripta y que motivó la construcción del muro de refuerzo, el que tiene el arco de entrada.

La nueva construcción medieval fue de cabecera plana, solución arquitectónica generalizada en los alrededores de Huesca a principios del siglo XIII como es el caso del santuario de Nuestra Señora de Salas.

Situada bajo el presbiterio del edificio actual, se accede a la cripta mediante una puerta abierta en el lado sur del ábside central, a la derecha del retablo mayor, que a su vez permite el acceso a la sacristía. Una vez atravesada la misma, una serie de estrechas escalinatas nos conducen a la cripta románica del templo original. Ésta presenta ábside semicircular cubierto con bóveda de horno prolongado en una corta nave cubierta con bóveda de cañón, separadas por un grueso muro que se construyó con el fin de dar estabilidad al templo superior, articulando así el espacio en dos. El primero, de notable estrechez, se encuentra delimitado por el cilindro absidal y el muro-diafragma, destacando una imposta biselada de sencilla hechura que marca la separación entre el paramento vertical y la bóveda de cuarto de esfera. Una abertura en el muro-diafragma permite acceder al segundo espacio de la cripta, cubierto por bóveda de medio cañón, en el que destaca una puerta de medio punto dovelado descentrada a la izquierda a la que se accede por una serie de escaleras talladas en la roca. Este era el acceso primitivo, probablemente conectado con la nave de la



Sección longitudinal de la cripta

Ábside de la cripta



Muro occidental de la cripta con el primitivo acceso

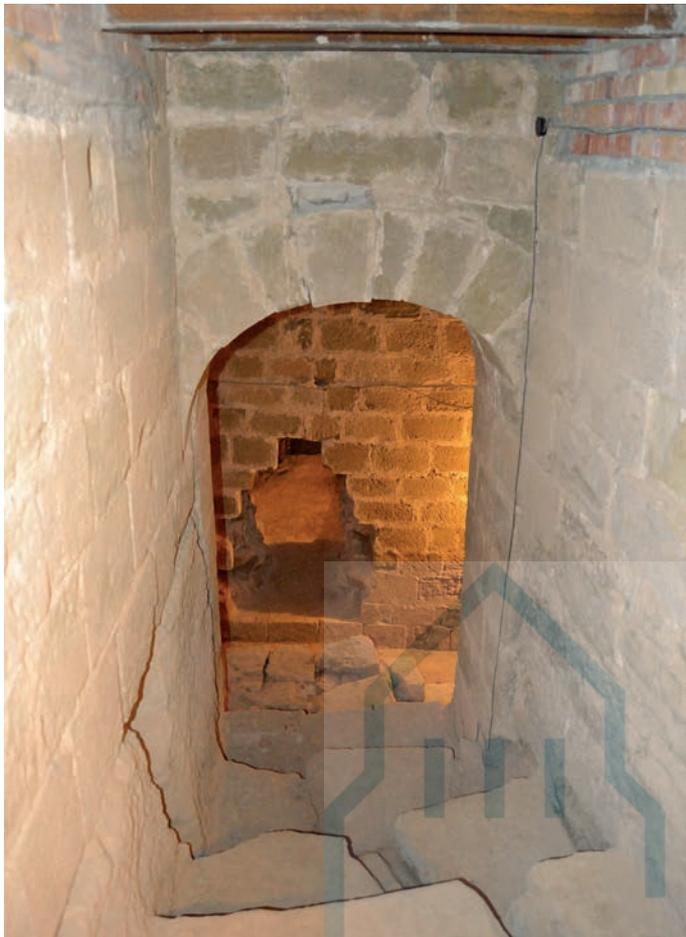


iglesia, que tendría el pavimento del presbiterio algo más elevado que el de la nave del templo. Actualmente se halla tapiado, efectuándose la entrada a la cripta por el ventanal del ábside convertido en puerta. Primando la parquedad documental, según Fernando Galtier Martí, podría datarse en el segundo tercio del siglo XII, más concretamente entre 1130-1160.

Con respecto a la torre de campanas, resulta difícil establecer con exactitud el origen de la misma, así como las diferentes intervenciones llevadas a cabo en ella. Serán los estudios arqueológicos realizados por Antonio Naval durante el proceso de restauración los que arrojen mayor luz sobre su evolución histórica. Según dicho autor, la construcción de la actual torre de campanas pudo estar en la línea de las fabricadas en la iglesia de Santa Ana de Blecua, en la de Monflorite y con la cabecera de la iglesia de Nueno, que si bien

presentaban características y cronología diversa, seguían un modelo común basado en una cámara abovedada en la parte baja que podía servir de iglesia y al menos otra en la parte alta que podría servir de habitación. El acceso, en cualquier caso, se hacía mediante una escalera exterior paralela al muro.

En el caso concreto de Bolea, dicha cámara abovedada en la parte baja queda ocupada en un sector por la capilla de San Sebastián y en otra parte utilizada como acceso al campanario. Este acceso, habilitado en el siglo XVI, rasgó la bóveda de crucería. Anteriormente, en la Edad Media, el acceso a la parte superior de la torre sería mediante escalera paralela al muro sur y penetraría en el interior de la cámara superior, lo que hoy es capilla de San Sebastián, seguramente allí donde pueden apreciarse restos de obra con un fragmento de nacela. A esta obra pertenecería también el contrafuerte que a



Escalera original tallada en la roca

nivel del suelo queda embebido en la obra de la sacristía. La parte correspondiente a la cámara situada a nivel de la primera planta debió de ser rehecha, colocando en ella dos vanos en el frente norte, que serían para campanas. Cegados estos vanos, la torre, que tenía ya función de campanario, fue recrecida con el fin de dotar de mayor altura a la construcción. Las dos molduras en nacela que enmarcan el nuevo campanario inducen a pensar que fue realizado coincidiendo con la obra de construcción de la obra medieval. Probablemente el campanario de la torre solo estuvo abierto en dos frentes, aquellos en los que hoy tiene huecos para campanas, sirviendo los otros dos cerrados, el de poniente y mediodía, de

pantalla acústica para la mejor orientación del sonido. El muro de poniente de la torre, el situado sobre la capilla de San Sebastián, fue rehecho en el siglo XVI al construir la iglesia. Posee un gran arco apuntado, que parece ser de herradura, construido como arco de descarga para aligerar el peso, desviando las presiones para poder abrir la capilla, pues esta fue desprovista del muro de cerramiento por aquella parte. Está cegado con ladrillo de dimensiones y fabricación que coincide con los del siglo XVI, visible a la altura del campanario y desde las bóvedas.

Por el lado este, el que queda sobre las rampas de acceso, la torre ofrece un aspecto desordenado, fruto de la debilidad del terreno sobre el que se asienta. Fue consolidada por contrafuertes laterales, entre los cuales se encajaron paños de refuerzo que no parecen estar trabados con el muro original y que lo engrosaron considerablemente. Forman un muro escalonado difícilmente datable. Parece, según Antonio Naval, una obra medieval y no muy posterior al muro de cabecera de la iglesia conservado de la Edad Media.

Los escasos vestigios conservados de época románica se completan con algunos elementos apreciables en la cabecera. El muro del templo actual es el resultado del recrecimiento del muro de cabecera de la iglesia medieval donde queda la huella de las dos aguas de su cubierta, como testigos de la altura de la anterior edificación. En su eje se conserva el ventanal de cabecera. De la misma construcción es el muro que por el Mediodía hace ángulo con éste. También reutilizado, fue recrecido como el anterior. En él queda todavía parte de la misma cornisa en caveto o nacela que recorre todo el muro de la cabecera y más arriba, la torre según solución propia del románico. A la obra medieval pertenece el muro que sirve de embocadura a la capilla de Santiago, a través del cual se accede. Éste conserva marcas de cantero por la parte de la antigua sala capitular o archivo.

Texto y fotos: SMB - Planos: RTE

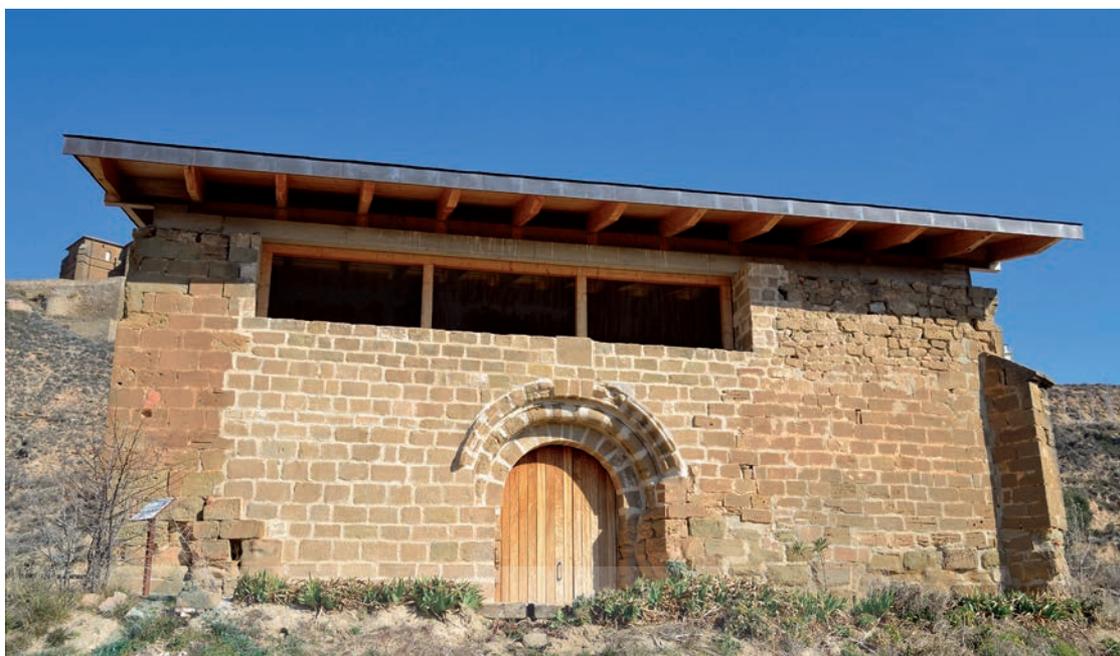
Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2002, pp. 117-120; BUESA CONDE, D. J., 2009, p. 17; CRUCHAGA, L. J., 2009; MÉNDEZ DE JUAN, J. F. (coord.), 2010, pp. 66-71; NAVAL MAS, A., 1993; SEPÚLVEDA SAURAS, M. I. *et alii*, 2001.

Ermita de la Virgen de Mueras

LA ERMITA DE LA VIRGEN DE MUERAS se encuentra en la localidad de Bolea y pertenece al municipio oscense de La Sotonera. Se concibió en origen como iglesia del pequeño barrio de Tolato y se halla en las proximidades del cerro sobre el que descansa la colegiata de Santa María la Mayor.

Se trata de una iglesia que ha suscitado un gran interés histórico-artístico a lo largo de los siglos. Será el carmelita Roque Alberto Faci quien hable por primera vez de esta iglesia en una publicación de 1739: "Nuestra Señora de Mueras toma el nombre del sitio llamado barrio de Mueras, porque



Vista general

Planta

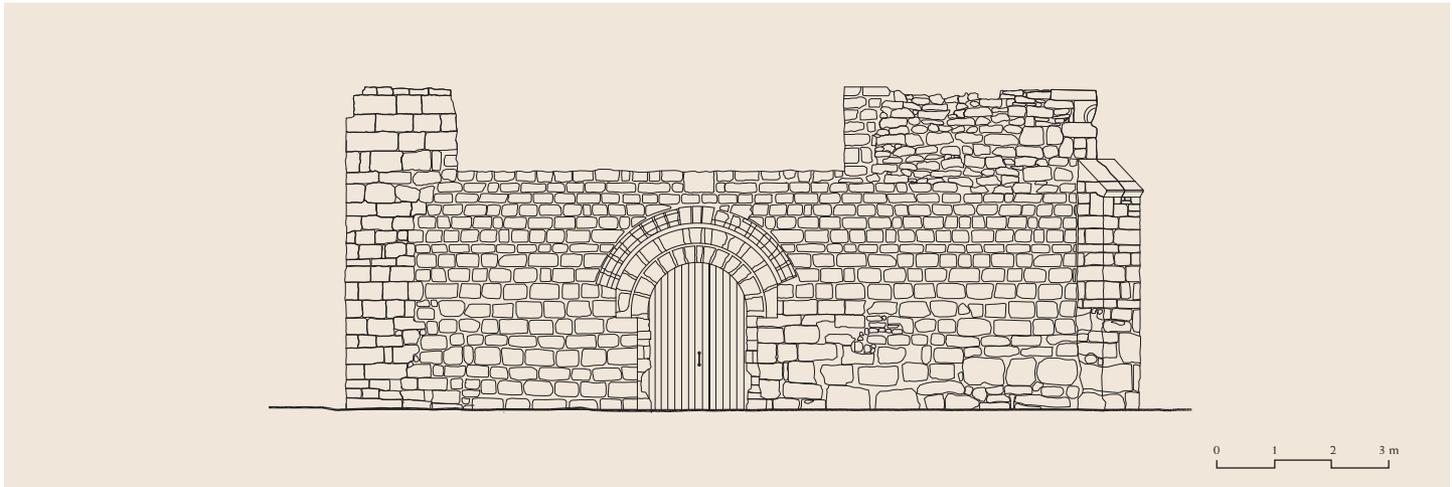


en tiempos antiguos hubo aquí un lugar pequeño de ocho a diez casas, cuyos habitantes se retiraron a vivir dentro de la villa". Todos estos datos fueron corroborados ya en el siglo XX por Gregorio García Ciprés. En 1970, José Cardús realiza una somera descripción y, en agosto de ese mismo año, Garcés pone de manifiesto la relación existente entre la festividad de San Lorenzo y la Virgen de Mueras.

Sin embargo, será a finales de los años setenta del pasado siglo cuando se lleven a cabo los primeros estudios rigurosos sobre la ermita, a manos de Antonio Durán en su *Catálogo monumental de la diócesis de Huesca*, publicado en 1978, y de los

hermanos Joaquín y Antonio Naval, quienes reseñaron esta iglesia en su respectiva ficha para el catálogo monumental de la provincia en 1979. En los últimos años, el estudio llevado a cabo por Adolfo Castán es, sin duda, uno de los más exhaustivos de los que se han efectuado hasta la actualidad.

Fue, en origen, una construcción típicamente románica con nave única de planta rectangular rematada por ábside semicircular, realizado con sillería regular bien trabajada. El aspecto actual de la ermita dista mucho de su estado original, dado el deterioro del paso del tiempo y las respectivas labores de consolidación y restauración de la misma.



Alzado sur

Capitel del muro este



La cubierta de la nave, actualmente sustituida por tejado a un agua, sería según el estudio de Adolfo Castán, una bóveda de medio cañón, tal vez apuntada, con tres arcos fajones de refuerzo. La única certeza que existe sobre el tramo absidal, dados los restos conservados, es la existencia de un arco triunfal de gran luz, que por el trazado del arranque debió ser apuntado.

En cuanto al alzado externo, la ermita actual presenta una gran sencillez estructural. Del templo original se conserva el hastial de poniente, parte del muro septentrional, restos de la embocadura del ábside primitivo en el muro este y un grupo de columnas y capiteles descubiertos en los años 70 del

siglo pasado y que se hallaban ocultos por la cabecera barroca actualmente inexistente. Completa la factura primitiva la austera portada abierta en el muro sur resuelta en arco de medio punto, con tres arquivoltas abocinadas, sin ningún tipo de ornamentación. Sobre ésta, una lápida epigráfica en arenisca (SE HIZO ESTA OBRA EL AÑO 1693) viene a reforzar la teoría del padre Faci –1729– sobre la gran remodelación de la Virgen de Mueras en el siglo XVII.

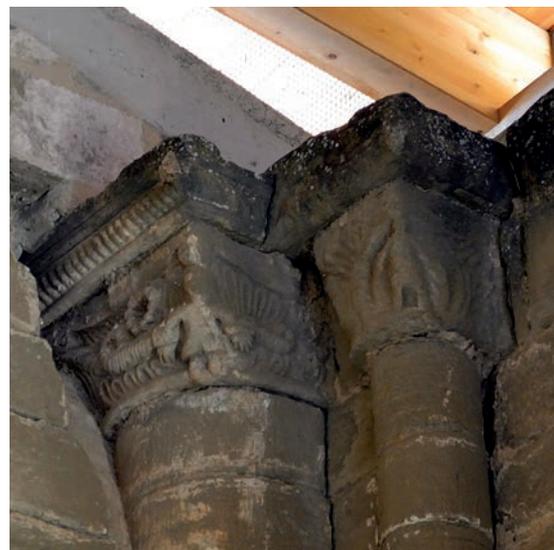
El muro norte, muy modificado, tiene adosados dos contrafuertes y en el tramo correspondiente a la cabecera presenta unos muros un tanto peculiares, adelantados con respecto al resto del paramento y que según Adolfo Castán, podrían ser el antiguo emplazamiento de una torre, teoría que quedaría justificada por la existencia de una puerta cegada al interior. Completarían el hastial norte una serie de señales que hablan de la existencia de tres pilastras desaparecidas y que tienen su correspondencia en el paramento interior. En esta zona, otra inscripción testimonia su correspondiente reforma (ESTA IGLESIA SE COMPUSO AÑO 1834), una reforma que no debió tener gran transcendencia.

El muro este es de nueva construcción y cierra el hueco absidal. Fue realizado con elementos edificativos originales reaprovechados como sillares y capiteles muy desgastados que aún hoy pueden distinguirse, y presenta una ventana central con derrame hacia el interior que constituye, junto a la portada principal y el vano aspillero del hastial de poniente, los tres vanos de iluminación del templo.

El interior del templo se articula de un modo sencillo. Adosado al actual muro este hallamos el espacio del presbiterio, delimitado por el arco triunfal con sus dobles columnas semiocultas. La nave central poseyó medias columnas de 25 cm de radio, flanqueadas por sendas columnitas de ángulo de 10 cm de radio. Las tres despegaben directamente del suelo y poseen fuste liso que sostiene capiteles bajo friso de impostas decorado. En el muro septentrional, por otra parte, podemos apreciar señales de pilastras con semicolumnas que tienen su



Interior



Capiteles del interior

correspondencia al exterior y capiteles en altura en número de tres, segmentando la nave en cuatro tramos.

La decoración escultórica se concentra especialmente en los capiteles, de talla tosca y motivos que remiten a lo vegetal y figurativo. En los capiteles del muro este y del arco triunfal se halla un motivo recurrente. Se trata de una representación zoomórfica, de un ave situada en el ángulo de las dos caras esculpidas del capitel, trabajada en hueco relieve y con un estilo toscamente definido. Esta figura, de cuerpo voluminoso, tiene dos alas que confluyen en el final de las extremidades inferiores. La figura aparece enmarcada en una orla de trazo doble, siendo completado el resto del capitel por acantos que se adaptan al espacio. Una serie de acanaladuras horizontales atraviesan el tronco en sentido horizontal mientras en las alas y orla presentan diferente trayectoria en un intento de crear sensación de claroscuro. En el capitel del lado norte adosado al muro este, aparecen una serie de piñas sobre fondo vegetal y aves en los ángulos de las cestas, con dos hexafolias que resultan difícilmente apreciables debido a las tareas de restauración que han ocultado parte del mismo.

En el interior, en el lado sur del arco triunfal, encontramos un capitel trabajado por tres caras, de las que únicamente podemos apreciar dos, y con cierta dificultad. Bajo un ábaco decorado con sogueado aparece un personaje erguido que está siendo mordido en sus muñecas por dos serpientes enroscadas en un solo anillo, con un cuerpo lleno de incisiones paralelas y cabeza triangular.

En el capitel gemelo, situado en el lado opuesto del arco triunfal, también aparece una serpiente, en este caso mordiendo a un águila de con la cabeza muy erosionada, con cuerpo y alas decoradas en zigzag, garras y cola en abanico. Se intuye que se trataría de dos serpientes, pero tan solo podemos apreciar una, pues el resto del capitel queda embebido en el muro este ocultando la segunda. Las serpientes constituyen un motivo muy común en los programas románicos, de

hecho en la provincia de Huesca existen interesantes testimonios, como es el caso de Alquézar –claustro de la colegiata–, catedral de Jaca y castillo de Loarre. Si bien la simbología más elemental hablaría de la ambivalencia serpiente-Mal en lucha contra el Bien-águila u hombre, existe un ensayo de Francisco Íñiguez, que profundiza en la posible influencia de los hádices, leyendas o tradiciones musulmanas como posibles focos de influencia para alguno de estos capiteles, con ejemplos como los del musulmán Samarcandi que confiere a la serpiente el poder persecutorio del Mal, y Avicena, que habla de las almas-pájaro intentando romper las ligaduras del mundo para elevarse a las moradas celestes.

Los capiteles, que fueron expoliados y que permanecieron durante un largo periodo en la cripta de la colegiata, han vuelto a su lugar; algunos fueron repuestos y otros se conservan en la portada cegada del muro norte, hoy con forma de hornacina. Uno de los más representativos conservados en la misma es aquel que presenta como motivos centrales un rosetón y un rostro en medio relieve frontal, tosco e inexpresivo, con ojos ovalados y pelo liso con raya en medio; el resto del capitel está relleno con acantos de rebordes cilíndricos.

Las sucesivas obras de restauración han permitido evitar la completa desaparición del templo románico, datado a finales del siglo XII, siendo la última, la realizada en 2007 dirigida por el arquitecto Luis Franco Gay, la más efectiva y necesaria dado el estado ruinoso en el que se encontraba.

Texto y fotos: SMB - Planos: RTE

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2002, pp. 117-120; CASTÁN SARASA, A., 1979, pp. 135-159; ÍÑIGUEZ ALMECH, F., 1967b, pp. 265-276; MÉNDEZ DE JUAN, J. F. (coord.), 2010, pp. 454-456; SEPÚLVEDA SAURAS, *et alii*, 2001.

Crismón de Casa Alejos

PASEANDO POR EL BELLO MUNICIPIO de Bolea en dirección a la colegiata de Santa María la Mayor puede contemplarse, frente a la panadería del pueblo, un crismón inscrito en un hueco con forma de escudo, bajo una sencilla ventana de la fachada de casa Alejos. El crismón fue encontrado en 1946 por Agliberto Garcés López, propietario de la casa, dentro de un aljibe, en los cimientos de la misma, a muy poca profundidad. Sin embargo, y dada la inexistencia de testimonios documentales que nos hablen del mismo, desconocemos su ubicación original. Se piensa que podría pertenecer a cualquiera de los templos románicos que había en la villa en el siglo XII: Santo Tomás Extramuros (actualmente iglesia de la Soledad), Nuestra Señora de Mueras o la propia colegiata (Santa María la Mayor). Tipológicamente podemos enmarcarlo por sus características y según la clasificación desarrollada por Francisco Matarredona y Juan Antonio Olañeta dentro de los crismones trinitarios oscenses.

Se trata de una pieza aislada de unos 30-45 cm, circular, de siete brazos de grueso listel con el horizontal más corto, todo ello dentro de un aro marco abocelado. Presenta las características propias de un crismón trinitario, con las dos primeras letras de Cristo en griego superpuestas, la χ y ρ . El alfa y la omega aparecen colgando de los brazos de la χ , característica muy frecuente en los crismones trinitarios. La letra *alfa* presenta los brazos patados, el puente en forma de pico y la parte superior en forma de teja. La *omega* es cerrada y la ρ tiene un vano muy reducido. La letra σ tiene una forma



Crismón reutilizado

simétrica con respecto al brazo vertical muy extraña, que parece representar una superposición de las letras *alfa* y *omega*.

Texto y foto: SMB

Bibliografía

OCÓN ALONSO, D., 1983, pp. 242-263; OCÓN ALONSO, D., 1989, pp. 125-136; OLAÑETA MOLINA, J. A., www.claustro.com/Bolea.